

ELENA MONTEJO PALACIOS

ALHAMBRAS DE PAPEL:
Traducciones y proyecciones a través de los
viajeros anglosajones del siglo XIX

GRANADA
2019

COLECCIÓN ARTE Y ARQUEOLOGÍA

— SECCIÓN ARTE —

DIRECTORES:

IGNACIO HENARES CUÉLLAR
FERNANDO MOLINA GONZÁLEZ

CONSEJO ASESOR:

JAVIER ARNALDO ALCUBILLA
Universidad Complutense de Madrid
ANTONIO CALVO CASTELLÓN
Universidad de Granada
CATALINA CANTARELLAS CAMPS
Universitat de les Illes Balear
STÉPHANE CASTELLUCCIO
Institut National d'Histoire de l'Art. París
ESPERANZA GUILLÉN MARCOS
Universidad de Granada
LUCÍA LAHOZ GUTIÉRREZ
Universidad de Salamanca
RAFAEL LÓPEZ GUZMÁN
Universidad de Granada
JUAN MANUEL MONTERROSO MONTERO
Universidad de Santiago de Compostela
CARMEN MORTE GARCÍA
Universidad de Zaragoza
MARINELLA PIGOZZI
Università di Bologna
CARLOS REYERO HERMOSILLA
Universidad Autónoma de Madrid
FRANCA VARALLO
Università di Torino

© ELENA MONTEJO PALACIOS

© PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y GENERALIFE

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ALHAMBRA DE PAPEL: TRADUCCIONES Y PROYECCIONES
A TRAVÉS DE LOS VIAJEROS ANGLOSAJONES DEL SIGLO XIX
ISBN: 978-84-338-6155-9
D. L.: GR./432-2019

Editan:

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GRANADA
Campus Universitario de Cartuja
Telfs.: 958243930 y 958246220 · www.editorial.ugr.es
JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico.
Patronato de la Alhambra y Generalife
Calle Real de la Alhambra, s/n. Granada
www.alhambra-patronato.es
Preimpresión: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L. Granada
Cubierta: José María Medina Alvea
Imprime: Imprenta Comercial, Motril, Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*A mi madre y hermano, mi brújula.
A mi familia, mi carta de náutica.*

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	11
II. ANDALUCÍA COMO DESTINO	23
2.1 Antecedentes: Opiniones y prejuicios sobre el viaje en la España del siglo XVIII	24
2.2 El viaje y el viajero en el siglo XIX: Perfiles geotemporales y demográficos.....	31
2.2.1 El siglo de los viajeros	33
2.3. El destino	40
2.4 El viaje como fenómeno social.....	52
2.5 Más allá del viaje	63
III. EL IMPERIO BRITÁNICO Y ESTADOS UNIDOS: ANGLOSAJONES EN LA ANDALUCÍA DEL XIX	71
3.1 Visiones desde Reino Unido: España a través de los ojos británicos	71
3.2 Narrar lo vivido	81
3.3 Viajeros norteamericanos y británicos	91
3.3.1 Sevilla.....	93
3.3.2 Córdoba.....	102
3.3.3 Otras provincias	104

IV. ESPAÑA ES ANDALUCÍA, ANDALUCÍA ES	
LA ALHAMBRA.....	111
4.1 Difusión de Andalucía a través de los libros de viaje	116
4.1.1 La Alhambra de papel	117
4.1.2 Imágenes de la Alhambra	141
V. JUEGO DE ESPEJOS SOBRE LA ALHAMBRA.....	169
5.1 El regreso y la reinterpretación-interpretación	169
5.1.1 Jardines encantados y pequeñas alhambras	173
5.2. La Moorish Billiard Room: El botín de un	
viaje imaginario	186
5.2.1 Análisis y Apreciación visual.....	191
5.2.2 Motivos para su construcción.....	212
5.3 Memorias de una fascinación: El espejismo	
de un harem	216
VI. CONCLUSIONES.....	231
VII. BIBLIOGRAFÍA.....	243
7.1 Fuentes Primarias.....	243
7.1.1 Viajeros Anglosajones	243
7.1.2 Viajeros No Anglosajones	258
7.2 Fuentes Secundarias	275
7.3 Bibliografía	280
VIII. ÍNDICE DE FIGURAS E ILUSTRACIONES	291
8.1 Figuras.....	291
8.2 Ilustraciones.....	292

I. INTRODUCCIÓN

EL VIAJE ES, EN TODAS sus dimensiones, generador de intercambio, ya sea éste de índole económica, política o social, actuando, igualmente, como transmisor cultural y responsable de las proyecciones que de una región o monumento se realizan en los países de origen de los viajeros. A partir de este postulado básico, y empleando el viaje como motor de esta obra, planteamos el proceso de creación/recreación de la Alhambra en el imaginario decimonónico británico, imágenes que marcarán a varias generaciones y perdurarán en el tiempo hasta nuestros días.

El período decimonónico vio nacer la más masiva, y democratizada, manifestación del viaje que se habían conocido hasta el momento; el ansia de partir, viajar, regresar y relatar el periplo, trajo consigo tanto la aparición de un interés por la literatura de viajes por parte del público como una oferta editorial amplia; conformándose un círculo en el que es difícil determinar, qué es causa y qué consecuencia. Aunque la literatura de viajes sea un tema que ha suscitado numerosos estudios en torno a su naturaleza o temática, este no es un trabajo historiográfico ó de crítica literaria, sino que se basa en las fuentes literarias para mostrar la construcción de la imagen de Andalucía y la Alhambra en el contexto anglosajón. Los libros aquí reseñados no pretenden ser un inventario total de este género, tarea casi imposible, sino una aproximación detallada al mismo, que per-

mita crear un contexto lo suficientemente específico para enmarcar las creaciones y visiones del palacio nazarí que evolucionan a lo largo de un siglo.

Precedidos por los viajeros exploradores del siglo XVIII, los textos donde se describe el viaje por Andalucía a lo largo del cambiante siglo XIX atravesaron una gran variedad de contextos, tanto por parte de España como de Reino Unido, y su repercusión en el mundo anglosajón debe ser tomada muy en consideración para el estudio de cualquier campo. Lo que se decía de España, cómo se veía el gobierno ó cualquier aspecto del desarrollo de nuestro país, tenía una consecuencia inmediata en la otra nación.

El arte no es ajeno a esta influencia; el desarrollo del Orientalismo (que hunde sus raíces en la centuria anterior) tiene íntima relación con la expansión de este interés viajero. El romanticismo anglosajón, modelo de revolución cultural europea, así como la propia revolución industrial, tendrán que ver, y mucho, en el modo en el que se recibe, percibe y transforma la Alhambra en tierras británicas.

La gran mayoría de las obras recopiladas no disponen de una edición, ni decimonónica ni contemporánea, en castellano, por lo que todos los extractos que se encuentran en esta tesis, a no ser que se indique lo contrario, han sido traducidos por la autora. Además de inglés y castellano, el cuerpo de obras que pertenecen al grupo que hemos denominado no-anglosajones, está constituido por un total de 16 lenguas diferentes, por lo que nos ha sido imposible su traducción integral. Una vez finalizada la recopilación de los volúmenes, se procedió a su análisis y vaciado en una base de datos, almacenando en registros, compuestos de diversos campos, contenido que ha sido considerado relevante para este estudio (nombre, recorrido, años de paso, ciudades visitadas, así como otros datos de interés de cada viajero). Para datar su fecha de paso se ha recurrido a reseñas dentro del texto (fecha exacta, acontecimientos históricos precisos...) o a la fecha de la primera edición que se hiciera del mismo. A veces, en caso de desconocer el año de paso, se ha contabilizado el número de viajeros a través de la publicación de la primera edición, por ello, hablamos de presencia no de número exacto. Entre el regreso y la publicación de los escritos, la media de los viajeros se encuentra en torno a un año, por lo que servirnos de este parámetro, aunque impreciso, nos da un valor aproximado de su fecha de paso real.

En esta base de datos no se ha incluido volumen alguno, pese a lo que pudieran indicar las diversas fuentes, que no haya sido leído total o parcialmente.

Una vez concluido este paso, se ha procedido al procesamiento de su contenido en la citada base de datos. En primer lugar, se contabilizó el número de viajeros considerando que, si su estancia en Andalucía superó los doce meses, se registró su presencia en cada año durante ese intervalo, de lo contrario, se habría falseado la presencia total. En segundo lugar, al plantear una pauta para establecer la nacionalidad de los individuos, se optó por adoptar el sistema geográfico actual, dado que, en el cambiante siglo XIX, dos viajeros nacidos en la misma ciudad pudieron pertenecer a dos nacionalidades diferentes en función de su década de paso. Se ha establecido la misma pauta a la hora de determinar la nacionalidad del grupo anglosajón, considerando que los ciudadanos nacidos en el antiguo Imperio Británico, serán clasificados de acuerdo a su lugar de nacimiento dentro del actual sistema geográfico.

Establecidas estas pautas, y dado el enorme volumen de datos adquirido, se consideró beneficioso realizar un análisis numérico de los datos. Para ello se dividieron en tres grupos diferenciados, un primer grupo con todo el volumen de viajeros, un segundo grupo con viajeros anglosajones y un tercer grupo donde se incluyen otras nacionalidades. En primer lugar se llevó a cabo un análisis exploratorio empleando porcentajes simples. En él se incluyen análisis, plasmados a través de histogramas, gráficas de líneas y gráficas de sectores, de la presencia a lo largo del siglo de los tres grupos, presencia de las diferentes nacionalidades, género ó profesión de los viajeros. En una segunda aproximación, más exhaustiva, se han realizado proporciones respecto al total de otros aspectos que han sido considerados relevantes: porcentajes de visita por provincia de los tres grupos, porcentajes de visita de cada provincia a lo largo del siglo del grupo anglosajón, comparativas de presencia en el siglo y por provincia de otras nacionalidades ó una comparativa de su presencia por provincia y década de las tres nacionalidades que componen el grupo angloparlante.

Debemos tener muy presente que aunque hablemos de viaje, el motor de este es, naturalmente, el viajero. Su partida y vuelta al lugar de origen cierra el círculo donde se engendra la plasmación

de lo representado, y durante el periplo, el viajero actúa tanto como testigo de la realidad que se presenta ante él como actor en la interpretación que en su diario hace de ella. Así, los diarios de viaje son, al tiempo, una interpretación de la realidad, una forma de asimilación de una cultura no propia y un receptáculo para la memoria. A través de ellos el lector se adentra en el ambiguo mundo de la experiencia ajena y su representación. Queremos mostrar la interrelación entre estos dos fenómenos empleando la teoría de la traducción como metáfora de construcción de la idea de Alhambra. Esta teoría apunta que durante el proceso de traducción de un texto, éste sufre ciertos cambios y adquiere nuevos matices en función de quién lo traduce, ya que el traductor jamás es imparcial y se encuentra influido por su propia experiencia vital. Empleando este concepto como metáfora, hemos planteado la evolución permanente que la percepción del palacio nazarí experimenta a lo largo del siglo XIX.

El viaje no es otra cosa que la concreción física de la curiosidad hacia la otredad; la realización, en movimiento, de la necesidad de aprehender lo maravilloso, lo extraño, lo exótico. A través de esta experiencia se adquiere un conocimiento propio de lo ajeno y distante, asimilando lo presenciado más allá de la mera descripción. Continuado con ésta idea de reinterpretación, hemos trabajado empleando la teoría de la traducción como metáfora y fórmula metodológica. Dicha hipótesis se basa en la idea de la traducción como proceso hermenéutico, en el cual se interpreta y transforma el texto original para hacerlo comprensible al público al que está dirigido. Debemos esta decisiva aportación a la profesora Claudia Hopkins, de la Universidad de Edimburgo, cuyo trabajo en este campo¹ ha servido de inspiración y base para esta labor.

De acuerdo con la teoría *caníbal* de Haroldo y Augusto de Campo, la traducción es vista como “[...] [una] forma liberadora, uno

1. La profesora Claudia Hopkins (Heide) lleva a cabo una brillante labor de investigación en esta área. Redactora de la revista *Art in Translation*, ha publicado, en relación con la teoría de la traducción como metáfora y la Alhambra, HEIDE, Claudia “The Alhambra in Britain. Between Foreignization and Domestication”. *Art in Translation*. Vol. 2, 2. pp. 201-222 y HEIDE, Claudia. “The power of translation in the mid Nineteenth-Century Spain”. *Art in Translation*. Vol. 4, 1. pp. 61-72.

lo come [el texto] y digiere liberándolo del original [...]”². Continuando con esta línea de pensamiento, por la cual la traducción se contempla como un proceso de transformación que culmina con un elemento nuevo, Susan Sontag apunta que la propia etimología inglesa de traducción³ (*translate*) lleva implícito una acción de movimiento, de traslado, siendo el traductor aquel que formula “una manera comparable en otra lengua”⁴. De modo que, el intérprete es aquel que “invade, extrae y lleva a casa”⁵, y es en este proceso, donde se produce un cambio significativo en la fuente original, para dar lugar a otro texto. Los cambios y adiciones que se generan están determinados por una serie de *códigos* y *valores* que el traductor porta consigo, y que determinan el resultado final de la traducción. Estos *interpretants*⁶, en palabras de Venuti, pueden ser formales, temáticos o ideológicos, variando a lo largo del tiempo y en función de quién lo realice.

La teoría de la traducción distingue dos aproximaciones diferentes: la domesticación y la extranjerización. La primera de ellas, sobre la que fundamentalmente basaremos nuestro análisis, propone reemplazar las diferencias lingüísticas y culturales del texto extranjero por aquellas que sean inteligibles para el público-lector, mientras que la extranjerización apuesta por el empleo de fórmulas que potencien y acentúen las diferencias culturales y lingüísticas, remarcando así su carácter foráneo.

El empleo de la traducción como metáfora para la reinterpretación de elementos ajenos, es considerado por Peter Burke como una de las más acertadas fórmulas para describir el mecanismo por el cual, el encuentro de dos culturas da lugar a la creación de nuevas formas

2. FRANCES, Peter. “Translation: The Serva Padrona”. En *Art in translation*. Vol. 2. Issue. 2. pp. 119-130. p. 124

3. En el caso español el ejemplo de Sontag es igualmente válido: Traducir proviene del vocablo latino *traducere* – “pasar de un lado a otro”.

4. SONTAG, Susan. “Being translated”. En *RES* 32. Autumn 1997. pp. 13-19. p. 16.

5. STEINER, George. “The Hermeneutic Motion” En *The translation studies reader*. Lawrence Venuti (ed.) New York, London: Routledge, 2004. Chapter 16. pp. 193-198. p. 194.

6. VENUITI, Laurence. “Adaptation, translation and critique” En *Journal of visual culture*, 6, 2007. pp. 25-34. pp. 31-34.

(híbridos): “El término “traducción” tiene dos ventajas. En primer lugar, la ventaja de hacer hincapié en el trabajo, que necesita ser realizado por individuos y grupos, para domesticar lo extranjero, así como las estrategias y las tácticas que éstos emplean. En segundo lugar, la ventaja de la neutralidad, con las asociaciones de relativismo cultural. [...] “Traducción” contrasta con términos cargados de valores tales como “malentendido”, “mala interpretación”, “falta de reconocimiento”, “mala definición”, “mala traducción” o “mal uso”⁷.

La traducción no es meramente una cuestión técnica sino también ideológica, con un marcado componente personal que reside en los conceptos “*códigos y valores*” a los que nos referíamos con anterioridad. La mirada del traductor, aquel que observa, nunca es inocente, y viene cargada, delimitada y condicionada por la realidad que le rodea. En ésta línea Steiner señala: “La importación del significado y de la forma”, “la forma de realización no se hace en el vacío [...] hay innumerables matices de asimilación y colocación del recién adquirido [texto], que van desde una domesticación completa a una exotización del contenido[...]”⁸. Para traducir se ha de poseer un conocimiento de la lengua original, y, obviamente, de la propia, siendo imposible desempeñar esta tarea sin que se pierda en el proceso alguna connotación, algún matiz o significado. Sin embargo, no ha de verse la traducción (o la domesticación) como un fenómeno imperfecto, sino como un intercambio de información.

El traductor crea las condiciones para un intercambio, en el que el lector no requiere del entendimiento de los modelos culturales o del contexto del idioma origen⁹ para comprender el mensaje que se presenta ante él, pues el traductor ha adaptado tanto el lenguaje, como los códigos y valores que de él estriban. Así, Benjamin Walter apunta: “La tarea del traductor consiste en encontrar ese efecto [Intención] del lenguaje original en el que se esté traduciendo, produciendo un eco de la intención del

7. BURKE, Peter. *Cultural hybridity*. Cambridge: Polity Press, 2009. p. 58.

8. STEINER, George. “The Hermeneutic Motion” En *The translation studies reader*. Lawrence Venuti (ed.) New York, London: Routledge, 2004. Chapter 16. pp. 193-198. p. 195.

9. NIDA, Eugene. *Morphology: The descriptive analysis of words*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1965. p. 159.

original [...] con el objetivo de que sea capaz de dar, en su propio idioma, con la reverberación del eco de la obra extranjera”¹⁰.

En este proceso, el texto se descontextualiza de su matriz y se recontextualiza en la nueva posición que ocupa gracias a la traducción. Sobre las consecuencias del proceso de traducción, Lawrence Venuti indica: “La fuerza interpretativa de los problemas de traducción es el hecho de que el texto de origen no sólo está descontextualizado, sino recontextualizado. Estos dos procesos se producen simultáneamente, tan pronto como se elige un texto y el traductor comienza a trabajar. Traduciendo reescribe el texto original en términos que sean comprensibles e interesantes para los receptores, situándolo en diferentes patrones de uso de la lengua, en diferentes tradiciones literarias, en diferentes valores culturales, en las diferentes instituciones sociales, y, a menudo en un momento histórico diferente. El proceso de recontextualización implica la creación de otra red de relaciones intertextuales establecidas por y dentro de la traducción, un intertexto de recepción, y el proceso continúa en el surgimiento de otro contexto de recepción”¹¹.

Siguiendo la línea marcada por Hopkins¹², analizaremos, a través de los diarios de viaje, la visión que desde Reino Unido se tiene de España a lo largo del siglo XIX. En estos escritos se plasman los códigos y valores propios del tiempo de cada viajero, pues nadie escapa de la posición histórica o la sociedad en la que se desarrolla como individuo. En estos diarios se traduce la realidad española del siglo XIX, tomando forma la invención de Andalucía, como un proceso hermenéutico, que desembocará en la percepción y selección específica de elementos que la rodearán, como un aura, hasta bien entrado el siglo XX. Entre estos elementos, que serán analizados más adelante, destaca especialmente la fascinación por el pasado islámico de España, una *obsesión* que tiene conexión directa con el interés por lo oriental que recorrió Europa

10. WALTER, Benjamin. “The task of the translator”. En *Theories of translation. An anthropology of essays from Dryden to Derrida*. Painer Schulte y John Biguenet (ed.) Chicago, London: University of Chicago Press, 1992. p. 71-82. p. 77.

11. VENUTI, Lawrence. “Ekphrasis, translation, critique”. En *Arts in translation*. Volume 2. Issue 2. pp. 131-152. pp. 138-139.

12. HEIDE, Claudia. “The Power of translation in Mid Nineteenth Century Spain”. En *Art in Translation*. Vol. 4, nº 1. pp. 61-72. p. 62.

desde mediados del siglo XVIII, con un deseo de domesticar lo extraño y marginal que habita en la *periferia* del Viejo Mundo.

Al regreso de este periplo el viajero-artista traduce Andalucía, y en especial la Alhambra, bajo un proceso de domesticación, formulándola como un ente reconocible, e incluso familiar. De acuerdo con Berman¹³, el segundo deber de un traductor es producir un texto que funcione en su propio tiempo y lugar, dando como resultado una *modernización* del texto original. Bajo la teoría de la traducción como metáfora, proponemos analizar la adaptación cultural que del palacio nazarí se hizo. Siguiendo las propuestas de Benjamin Walter, anteriormente citada, o la de Peter Burke: “[La] adaptación cultural puede ser analizada como un doble movimiento de la contextualización y re-contextualización, llevar un objeto fuera de su entorno original y modificarlo para encajarlo nuevo entorno”¹⁴.

La idea de Oriente, aunque fundamentalmente eclosiona en el siglo XIX, hunde sus raíces en un proceso de continuidad cultural que se inicia en el siglo XVIII¹⁵. Causa y consecuencia de este proceso, y como parte de la cultura artística y docente, gran cantidad de occidentales viajaron e imaginaron Oriente, construyéndolo como una gran criatura prefabricada. Las diversas interpretaciones que de esta área se han realizado, y cuyo análisis se hace desde temáticas tan en apariencia dispares como los estudios de género, los paralelismos entre dos naciones en el fenómeno colonial o el reflejo del imperialismo en la literatura, son muestra de cómo esta narrativa teórica es mutua y cómplice. De acuerdo con Dennis Porter¹⁶, el discurso narrativo de los libros de viaje a lo largo de los siglos XVIII y XIX simultánea, por parte del escritor, la identificación y el deseo de fantasear con aquello que en sus países de origen se les deniega.

13. BERMAN, Antonie. *Pour une critique des traductions. John Donne: Gallimard*, 1995. p.2. Citado en FRANCE, P. *Translation: The Serva Padrona*. En *Art in translation*. Volumen 2, Issue 2. pp. 119-10. p. 121.

14. BURKE, Peter. Op. cit (2009) pp. 93-94.

15. MARSHALL, P. J. “No fatal impact: The elusive history of imperial Britain”. En *Times Literary Supplement* 12 Marzo 1993. pp. 8-10.

16. PORTER, Dennis. “Orientalism and its problems”. En BARKER, Francis et al. *The Policyics of Theory*. Colchester: 1983. pp. 179-93. Citado por DOLBY Op. cit (1990) p. 22 y ss.

Por lo que, podemos deducir, el viaje y su consecuencia literaria dan un doble resultado, por una parte la creación del imaginario del que se compone la Otredad y por otra, la alienación que sufre el propio viajero al negársele estos deseos primigenios. Potter ve en el viaje una forma de “experimentación más allá de los límites establecidos”.

El Orientalismo se abre ante nosotros como un fenómeno cuyo estudio y difusión ha sido largamente debatido, especialmente en las últimas décadas a raíz de la publicación de la obra de Edward Said, *Orientalism* (1977). La obra posee una estructura poco ortodoxa, mezcla de teorías historicistas, antropológicas, sociales y literarias, y en su trasfondo se debate la noción de un Oriente atrapado y usado por Occidente, y de cuyo uso y abuso surge un concepto de lo Oriental, mítico y prefabricado. Pocos, por no decir ningún volumen, han suscitado la reacción que consiguió la obra de Said tras su publicación, la influencia directa sobre áreas tan dispares como el teatro, la historia del arte, los estudios de género o la historia; actuando como revulsivo o inspiración, en función de las tendencias ideológicas de cada estudioso, y determinando, en gran medida, el estado actual de la bibliografía del estudio orientalista.

Antes de la culminación de esta apropiación de ideas debe producirse, como es lógico, el encuentro entre dos culturas. En este caso analizaremos el arte como *zona de contacto*, empleando el término acuñado por Mary Louise Pratt¹⁷. El arte se vería bajo la definición de un espacio social donde dos culturas dispares se encuentran, colisionan. Sin embargo, nosotros tomaremos la terminología creada por Pratt pero vaciándola de cualquier implicación negativa, de posesión o dominación. Ya que, si entendemos transculturación como el proceso de recepción por parte de un pueblo ó grupo social de las formas culturales de otro, que terminan sustituyendo de un modo más o menos completo a las propias, veremos que de forma estricta, este proceso en el caso de la relación de Reino Unido y Andalucía no es aplicable. Por una parte, en la forma ortodoxa de transculturación el dominador-colonizador es el que inyecta su cultura sobre las tierras exploradas de forma gradual hasta finalizar en un proceso

17. PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London: Routledge, 1992. pp. 19-32.

de aculturación. Sin embargo, en el caso andaluz, esa posesión de las tierras, esa apropiación de las formas nazaríes, no desembocan dicha aculturación, ni tan siquiera en una transculturación formal. Se trata más bien, de un encuentro cuyo resultado es el proceso de invención de Andalucía, a través de su percepción ficticia y de la selección específica de elementos que la componen o que la rodean.

El discurso legitimador que los viajeros victorianos realizan en su visita a España está expresado desde la pura experiencia pasiva de observador, que se transforma en activa cuando se produce una recreación o *traducción* de lo observado. Así, lo adquirido se convierte, a través del conocimiento local, en parte de la realidad victoriana. Andalucía ha existido siempre en los mapas mentales, por lo que no se puede aplicar el esquema saidista de cultura dominada por un ente dominador, tal y como puede hacerse en caso de territorios no europeos. Viajero y tierra explorada, pertenecen a dos naciones europeas, dos potencias establecidas. Sin embargo, en esa *zona de contacto* que es el arte, sí podemos observar un fenómeno que, si bien no es, como decíamos anteriormente, estrictamente transculturador, se asemeja bastante a este tipo de encuentro entre dos mundos, ya que, en ocasiones se le puede aplicar el barniz de lo exótico, de la otredad. La visión romántica, desde sus inicios, ha tenido la tendencia a estacionarse en la periferia de Europa (Grecia, España, Italia y países norafricanos), cuya construcción se realiza desde dentro (gracias al viaje o la estancia continuada en estos territorios) pero no sobre sí mismos, sino sobre, la visión que de ellos tienen los narradores, quienes, a modo de un juego de espejos, emplean el diario de viaje como un instrumento para formar una realidad domesticada.

Por todo ello, creemos que el Orientalismo debe verse como la fusión de dos grandes esferas, una herramienta culturizadora que en Europa se enmarca, no en la manifestación de lo establecido, sino en la periferia de esta, en una legítima fuente de resistencia a la realidad imperante. Tanto Said como aquellos que se han opuesto fervientemente a sus tesis, incurren en el error de emplear el encuentro entre dos mundos como un arma arrojadiza con la que agredir a la otra mitad. No negamos que el Orientalismo pueda tener lecturas coloniales o impositivas, o incluso racistas, pero reivindicamos su existencia como un elemento a contracorriente de esa sociedad europea y norteamericana, que por la naturaleza de su

propio discurso, muestra más de la sociedad que lo representa que de la representada.

Así pues, en este proceso de traducción y transformación, la Alhambra no es una sino muchas, se multiplica, se transforma, se adapta a las necesidades de quien la mira, pues de acuerdo con Walter “[...] todos los grandes textos contienen el potencial de ser traducidos entre sus líneas [...]”¹⁸. Se configura como un ente que puede ser desmantelado, descontextualizado de su tiempo y lugar para recontextualizarse en el periodo victoriano, yendo más allá del eco o simulacro del que hablaba Steiner. El palacio nazarí ha sido *traducido* variando su contexto o su uso, de modo que, algunas veces “[...] nos lleva lejos del original, otras nos acerca.”¹⁹. Estas *traducciones* garantizaron tanto la supervivencia del palacio en el imaginario colectivo británico como la visibilidad del original. La Alhambra, bajo el punto de vista británico, ha sido objeto de deseo e inspiración, domesticada hasta hacerla familiar, *gotizada* por autores como Roberts o Murphy, *digerida* por pioneros como Jones en su búsqueda de principios arquitectónicos y de diseño, imaginada por lectores anónimos, codiciada por aquellos que la introducían en sus hogares...

El palacio nazarí se proyecta en suelo británico bajo usos y formas tan diversas como individuos la perciben, en un juego de espejos continuo sobre las personas y su tiempo, sobre el palacio rojo y sus espacios. A lo largo de un siglo la Alhambra se define de muchas maneras, se *traduce*, se transforma, se crea y recrea para distintos fines en diferentes espacios; pero el origen de estas transformaciones siempre se encuentra en la imaginación de quien la sueña.

18. WALTER, Benjamin. Op. cit. (1992) p. 82.

19. STEINER, George. Op. cit. (2004) p. 196.

II. ANDALUCÍA COMO DESTINO

EL VIAJE, YA SEA A PAÍSES LEJANOS o vecinos, es un periplo vital que, independientemente del siglo en el que se realice, supone un abandono del yo, para adentrarse (o al menos tratar de hacerlo) en la realidad del otro. De modo que, no solamente se logra el conocimiento de un mundo ajeno, sino que se toma conciencia de la propia identidad.

A pesar de esta naturaleza común, el término ha ido ganando diferentes matices a lo largo de los siglos; enriqueciéndose de los conocimientos que la ciencia aportaba; modelándose a imagen de aquellos que lo realizaban, y en definitiva, adquiriendo una identidad propia y significativa en cada centuria. A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII el vocablo *voyage* predomina en la literatura de viajes, y su uso conlleva ciertos matices acerca de la dureza del mismo e implica privaciones o incomodidad. Entronca así, con las grandes exploraciones del siglo XVIII, cuyo fin podría resumirse bajo la expresión *Gold, God and Glory*. El término *voyage* va desapareciendo a medida que nos adentramos en el Romanticismo, para dejar paso al uso de *travelling*, cuyo significado está unido a la experiencia estética y placentera, totalmente alejada de la idea de odisea dieciochesca.

Llamadas por sus propios autores memorias, relaciones o recuerdos, los libros de viajes narran la estancia de estos hombres y mujeres en tierras andaluzas por los motivos más diversos, y constituyen un corpus inestimable para la investigación, a pesar de las miradas

sesgadas, los estereotipos o el contacto fugaz de estos viajeros con la realidad. Al decidir lo que describe o no, el propio autor actúa como un filtro de la realidad, pese a su primera intención de narrar con exactitud todo lo que acontezca a su alrededor. Esta intencionalidad, se cumple con mayor exactitud en los textos del periodo dieciochesco que en los que pertenecen al siglo XIX, debido fundamentalmente al carácter onírico que tiñe muchas de las narraciones de los viajeros románticos.

Sólo al comenzar a leer libros de viaje comprendemos que la teoría sobre textos surgidos exclusivamente de la observación y la experiencia del autor, se cumple en menos ocasiones de lo que afirma la definición académica. Muchos de ellos, incluso aquellos de más calidad literaria, poseen grandes segmentos de textos ajenos, recopilaciones de tratados de arte o historia y experiencias que no se ajustan, necesariamente, a la realidad. Frente al carácter científico y racional de los viajeros dieciochescos, concienzudos notarios de la realidad, el relato decimonónico se convirtió en un despliegue de imaginación y subjetivismo, regido por la pasión y el espíritu, vislumbrando un país que respondía más a aquello que quería ver el autor que a lo que realmente veía. Si asumimos, que la mayoría de estos autores eran conscientes de que sus obras iban a ser leídas de forma masiva por sus compatriotas, y que era poco probable que llegaran a manos del pueblo sobre el que se escribía, obtenemos como resultado una permisividad mucho mayor a la hora de dejar volar la pluma y junto a ella, la imaginación. A lo largo de las páginas de un diario de viajes, nuestros protagonistas dejaron entrever más de ellos mismos de lo que eran conscientes; así el viaje se convirtió no solamente en un periplo a una parte desconocida del mundo, sino que adquirió la categoría de exploración, más o menos consciente, del interior del alma.

2.1 ANTECEDENTES: OPINIONES Y PREJUICIOS SOBRE EL VIAJE EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII.

El desarrollo económico que se produjo a lo largo del siglo XVIII, motivado fundamentalmente por factores político-económicos, permitió que se asentaran las bases del Gran Tour, en su corriente más clásica, animado por el aumento de viajeros que se produjo en

el siglo xvii¹. No se trataba de un fenómeno reciente, en Reino Unido este periplo se encontraba institucionalizado desde mediados del siglo xvi, si bien, no con el mismo recorrido con el que contaría más tarde.

El Gran Tour era considerado una parte indivisible de la educación de la aristocracia. A lo largo del viaje, que solía abarcar ciudades de Francia, Italia, Suiza, Alemania y Austria, los jóvenes perfeccionaban el latín y el griego, aprendían a moverse por ambientes cortesanos, visitaban museos y monumentos; todo ello con el fin de pulir la educación que todo hombre culto o político debía poseer. A mediados del xviii, la idea de viaje como instrumento pedagógico se extenderá a la clase media acaudalada (enriquecida por la bonanza que acompaña a algunas naciones en esta centuria). Viajar permitía comprobar de forma empírica todo aquello que el joven había aprendido en los textos, y lo que era más importante, podía apreciar y observar todo a través de la experiencia, refutando viejas ideas que sólo se encontraban ya en los libros. No debemos olvidar que estos viajeros se hallaban inmersos en el Siglo de la Luces, donde se forjaron las grandes expediciones que impulsarían a la ciencia a construir una nueva imagen del mundo.

En los albores del xviii se experimentó un gusto por lo exótico, que al contrario de lo que ocurrirá a finales del xix, no se muestra a través de la ensoñación, sino que es examinado bajo la mirada crítica de la Razón. No sólo deseaban ver parajes insólitos, habitados por pueblos extraños, sino que deseaban entenderlos; “someterlos” a las normas universales que rigen la Naturaleza. Este gusto por el exotismo, dio paso a un vívido interés por lo cosmopolita, aunque lo lejano no dejó de interesar, la atención comenzó a centrarse en las ciudades. En esencia, el interés era el mismo (aunque esta vez el escenario fuera urbano), una innegable curiosidad por descubrir lo raro, lo extraño y tratar de doblegarlo hasta integrarlo en el orden cabal y equilibrado de la Ilustración.

1. AGUILAR PIÑAL, Francisco. “Relatos de viajes de extranjeros por la España del siglo xviii. Estudios realizados hasta el presente”, *Boletín del Centro de Estudios del Siglo xviii*, 4-5, 1977, pp. 203-208.

España quedó marginada del Gran Tour hasta mediados del siglo XVIII²; factores como la Guerra de Sucesión ó el estado de los caminos o las posadas, no favorecían la incursión de extranjeros, convirtiéndose así en una suerte de *terra incognita* europea. Se tenía una imagen pobre de la Península, tierra de gente supersticiosa, subyugada a los deseos de una aristocracia iletrada, un país que vivía bajo la sombra de la Inquisición. Pese a estas creencias (fundadas en buena parte), a lo largo del reinado de Carlos III se produjo una mejora general del país, especialmente en la capital. Los viajeros que se aventuran, en su mayoría embajadores y cónsules, describen las reformas que se van produciendo. Aunque su residencia se encontraba en la Villa, tímidamente, realizan incursiones a otros lugares cercanos, como los Reales Sitios de Aranjuez, La Granja, el Escorial, Toledo o Salamanca. Con el tiempo, las excursiones se prolongarán a otras áreas, como Andalucía, una zona relativamente desconocida, si exceptuamos Cádiz, puerto privilegiado a lo largo del siglo.

Estos viajeros fueron testigos de una sociedad diametralmente opuesta a la que pertenecían, y reflejaron sus impresiones en cartas, memorias, diarios de viaje o relaciones. En ellos se manifiestan las emociones que les provoca aquello que ven; los sentimientos son tan variados como los viajeros que nos visitan, y el arco de estas emociones abarca desde la admiración sincera a la crítica más feroz, pasando por la indiferencia o la empatía. Todo ello, no es sino el reflejo del encuentro natural entre el norte y el sur, entre la realidad cotidiana y los hábitos sociales de la Europa mediterránea del Antiguo Régimen y la sociedad anglosajona del Siglo de las Luces.

Como ya hemos comentado, el viaje por la España dieciochesca tenía más de exploración que de recreo. Se trataba de una incursión a un país colorista, cálido y árido, atrasado y devastado por la pobreza, cuyas adversidades quedarían plasmadas en el célebre comentario de Voltaire³: “Es un país del que sabemos tan poco como de las regiones más salvajes

2. SCHUMACHER, Lioba Simon “El viaje con finalidad educativa: ejemplos de la literatura europea de la Ilustración”, *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 3-4 (1993-1994), pp. 103-115

3 VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*. Buenos Aires: Hachette, 1959, cap. CLXXVII: “Del gobierno y de las costumbres de España desde Felipe II hasta Carlos” pp. 1035-1041.

de África, pero no vale la pena conocerlo”. Una imagen sombría e hiperbólica del atraso español, idea que culminaría con el artículo de Masson de Morvilliers “¿Qué se debe a España?” publicado en la *Encyclopédie méthodique* en 1782. España se admira y se detesta con la misma intensidad, y aunque sus gentes y gobernantes salen bastante mal parados en estas peculiares representaciones; los viajeros suelen tener la delicadeza de reconocer su belleza, si bien, los augurios sobre un futuro desarrollo no pueden ser más tenebrosos.

Tradicionalmente España había sido personificada, tal y como apunta Elena Fernández Herr⁴, mediante una leyenda blanca (o dorada) y otra negra. La primera de ellas tiene su origen en el vivaz interés que griegos y romanos tuvieron en dominar la Península y en las narraciones que de ella se hicieron como un territorio rico y fértil. Esta imagen se perpetúa en los autores árabes, quienes relatan la vida en las ciudades de Al-Andalus de forma idealista, áurea, dando como resultado un enfoque idílico de la dominación musulmana. Ambas fuentes eran uno de los recursos principales de información para viajeros como John Talbot Dillon, Richard Twiss y especialmente Henry Swinburne. Un *camelot* que se contraponen con la realidad de la España del XVIII y que venía a confirmar la leyenda negra que aún seguía en vigor, y que la mayoría de los viajeros no tenía ningún reparo en seguir aceptando. Así, Henry Swinburne⁵ escribía: “[...] mi corazón sangra mientras le cuento que de todas estas glorias a excepción de la Mezquita, apenas queda rastro alguno.”

No podemos ignorar la inevitable admiración que despiertan en el viajero monumentos como la Alhambra, o en este caso la Mezquita de Córdoba; pero a pesar de este genuino asombro hacia nuestro patrimonio, la mayor parte de ellos llevan en su equipaje creencias y prejuicios, *códigos y valores*, que conforman parte de esa maraña confusa que es la leyenda negra. Dentro de este bagaje de creencias, los viajeros del setecientos llevan en su imaginario la España que se dibujaba en las crónicas de siglos anteriores, superponiendo la

4. FERNÁNDEZ HERR, Elena. *Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage 1755-1823*, Paris: Didier, 1973. p. 21.

5. SWINBURNE, Henry. *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*. London: P. Elmsly, 1779. 1ª ed. p. 294.

realidad hispana de la época de Felipe II al país que gobernaba Carlos III. Así pues, la leyenda negra se perfila como una idea estanca que no encaja (y la mayoría de los viajeros consultados se empeñan en encajar) con una España que progresa, eso sí, de manera lenta.

La España mística de Felipe II, la Inquisición, las conquistas efectuadas en América, el perfil de un español fanático, cruel y prepotente, un pueblo oscuro y supersticioso, se entremezcla en la mente de los viajeros para dar lugar a la idea de que atravesaban un país que era la quintaesencia de todo lo que una nación no debía ser. No vamos a negar que en comparación con el resto de Europa (especialmente el área anglosajona y centroeuropea) España arrastraba un notable retraso, al igual que lo hacían otras naciones mediterráneas; sin embargo, son pocos los autores que deciden plasmar en sus memorias el despertar del reinado de Carlos III, una carrera lenta para equiparar las urbes, la industria y el comercio con el resto de las naciones, una excepción aislada, una imperceptible simiente en un territorio yermo.

La relación entre España y Reino Unido es (quizás sea una obviedad decirlo) larga y turbulenta. A lo largo del siglo XVIII los principales hitos entre la relación de las dos naciones son: la intervención de España en la Independencia de Estados Unidos, la participación del Reino Unido en la Guerra de Sucesión y la toma por parte del gobierno británico de Gibraltar y Menorca. Todos estos acontecimientos van a marcar la afluencia de viajeros en la Península, y determinarán, en función de la cercanía o lejanía a estos hechos, la visión que los visitantes den de nuestro país. Podemos comprobar así, como la leyenda negra⁶ que moldean los anglosajones tiene más fuerza en los momentos de fuerte fricción diplomática o de enfrentamiento bélico, como en la década de los setenta, y cómo se va diluyendo a finales de siglo. Es especialmente llamativa la interpretación que harán de la figura del *dago*⁷, prototipo de español: soberbio, cruel,

6. MALTBY, William. S. *Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento anti-hispánico (1558-1660)* México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

7. La palabra *dago* es el resultado de la deformación del nombre español Diego, común durante el siglo XVI, y que llegó a convertirse en una manera negativa de denominar a todos los españoles. Por asociación, y hoy en día aún en uso, se emplea para designar a personas originarias de países mediterráneos u Oriente Medio.

traidor y cobarde; que tanto contrastará con la imagen del pueblo hispano durante y después de la Guerra de Independencia. Ya desde mediados del siglo xvii, existe entre la élite intelectual una verdadera obsesión por la imagen que dan los extranjeros sobre el país⁸, un fenómeno que alcanzará su máxima expresión, a través de la prensa, a finales del siglo xix.

Un amplio porcentaje de los británicos que a lo largo del siglo llegan a la Península lo hacen de manera privada, ajenos a cualquier misión diplomática o política. A pesar de esto, sus escritos serán tomados en cuenta por el gobierno británico al que, poco a poco, llegan noticias de la pérdida de poder de los jesuitas (1767), las nuevas colonizaciones (1768-69), el rearme militar, las inversiones en industria, el paulatino derroque de la Inquisición (1774) o la amenaza latente que supone que a ambos lados de los Pirineos haya un rey Borbón. Todos estos avances, anecdóticos para este tipo de viajero, eran observados en su conjunto por la clase política y despertaron bastantes recelos hacia las acciones de nuestro país (desconfianza que se sumaba a la enemistad histórica entre las dos naciones). El viajero del siglo xviii, animado por el espíritu de su época, quiere descubrir nuestras ciudades y abrirse a la literatura y el arte; un proceso que se verá interrumpido por la nueva guerra entre las dos potencias a finales de la década de los setenta. Después de este parón en el flujo viajero, será Joseph Townsend, a mediados de 1786 y principios de 1787, quien redescubra España, abriendo camino a otros laboriosos viajeros y convirtiéndose, junto a Henry Swinburne, en referente para uno de los nombres más ilustres que atravesará nuestro país en el siglo xix, Richard Ford.

Al centrarnos en los viajeros anglosajones, nos encontramos ante hombres son oriundos de un país que se hallaba en pleno desarrollo económico y mercantil, y por ello, se hallan llenos de ese espíritu de cambio optimista y fe en el futuro tan típico del siglo xviii. Ofrecían todo tipo de soluciones para los problemas que ven a lo largo de su periplo y con una actitud crítica, casi paternalista, realizan una com-

8. MESTRE, Antonio. "La imagen de España en el siglo xviii. Apologistas, críticos y detractores". En *Apología y crítica de España en el siglo xviii*. Madrid: Marcial y Pons, 2003. p. 47-70.

paración (demasiado tentador no hacerlo) entre la realidad británica y la española, cuyo resultado es la aplastante superioridad anglosajona. Al provenir de una sociedad incipientemente mercantilista, donde las ganancias son premio al esfuerzo, poseían un natural rechazo al ocio y a la desidia, dos de las numerosas faltas que, a su juicio, asolaban nuestro país. Una nación indolente donde la naturaleza, a la que se la califican de *pintoresca*, debería ser dominada por la mano del hombre. Una forma de ver el entorno, contraria a la que se tendrá en apenas unas décadas, cuando el paisaje sea sensual, desbordante e indómito y se lo califique de sublime.

En esta centuria el aventurero comienza a perfeccionar el arte de viajar, que florecerá en el XIX con la aparición del turista. Así, Denis Diderot en su obra *Voyage a Hollande*⁹ proporciona unas reglas básicas para viajar: “[...] conviene acercarse a los habitantes de un país para aprender de todos los aspectos de la vida, previniendo contra la memoria y la imaginación [...]”.

Aquellos que recorrieron la Península lo hicieron, por norma general, de forma escueta, visitando una o dos ciudades, a diferencia de los viajeros del siglo XIX, que sufrieron una verdadera adicción a sumar kilómetros a su recorrido. La mayoría de los viajeros se concentraron entre las décadas de 1770 y 1780¹⁰, siendo el periodo de los setenta el que acogió mayor número de visitantes y ediciones¹¹. Al igual que en el siglo XIX¹², los franceses son la nacionalidad más numerosa¹³, llegando casi a triplicar al resto de las nacionalidades. Por lo que se refiere a las obras, a diferencia de las que se publicarían una centuria más tarde, tratan de temas diversos: agricultura, minería, política, industria, ganadería, arquitectura, infraestructuras... así como un compendio de problemas, causas y soluciones para España. Impulsados por la necesidad de comprender el mundo que les rodeaba, catalogan y describen aquello que les envuelve

9. DIDEROT, Denis. *Voyage en Hollande*. Paris: F. Maspero, 1982. p. 110.

10. LEASK, Nigel. *Curiosity and the Aesthetics of Travel Writing 1770–1840*. Oxford: Oxford University Press, 2002. p. 11.

11. GONZÁLEZ DE URIARTE MARRÓN, Cristina. *Viajeros franceses en Canarias en el siglo XVIII*. Tenerife: Servicio de Publicaciones Universidad de la Laguna, 2005. Serie Tesis Doctorales. p. 139.

12. De acuerdo con los resultados que ha dado nuestro estudio. Véase figura 17.

13. LEASK, Nigel. Op. cit. 2002. p. 73.

con la finalidad última de aprender y entender, impelidos por una sincera voluntad científica y patriótica, lo que no eliminaba la posibilidad de emplear el viaje y la experiencia obtenida para establecer mercados, colonias o nuevas estrategias políticas.

El estilo de estos libros de viaje suele ser sencillo y directo, alejado de cualquier tipo de ensoñación o metáfora. Posee una agradable simplicidad en su lenguaje, y al contrario que los contenidos y títulos del siglo XIX, repletos nombres evocadores o coloristas (*Azabar: Extracts from a journal in Spain in 1881-1882* o *Gazpacho or Summer months in Spain*), los encabezamientos de las obras del siglo XVIII son concisos, anunciando con precisión castrense lo que se va a encontrar en el interior. Ciertamente, éstos no presentan una absoluta homogeneidad, distan en personalidad y tiempo, pero a pesar de estas diferencias, podemos afirmar que coinciden en el contenido de sus textos, su itinerario o los comentarios acerca de las condiciones del viaje (carreteras, alojamiento, enfermedades...)

La mayoría de ellos experimentaron un proceso de identificación/rechazo con lo vivido. Cuando ese proceso de identificación se torna rechazo (por ser ajeno a él y su cultura) lo observado se convierte en algo grotesco, monstruoso. Ahora bien, cuando el observador se identifica plenamente con lo observado, esto se califica de maravilla, algo novedoso de lo que no se tenía noticia. Esta dinámica es la que explica en parte la difusión de este tipo de literatura, el público estaba ávido de leer sobre prodigios y grandezas de un país que el imaginario colectivo situaba entre brumas y rincones oscuros. Son estos primeros viajeros quienes comienzan a descubrir al mundo (al menos al mundo anglosajón) nuestro patrimonio. Y dentro de él, ninguna obra ha causado mayor admiración que el palacio nazarí granadino.

2.2 EL VIAJE Y EL VIAJERO EN EL SIGLO XIX: PERFILES GEOTEMPORALES Y DEMOGRÁFICOS

Viajar para conocer, para ver, para sentir, atravesar regiones desconocidas e inhóspitas, contemplando lo que veían con valores más próximos a la sensualidad que a la intelectualidad. Bajo esta óptica es como la mayoría de los viajeros que atravesaron nuestro país a lo

largo del siglo XIX plasmaron sus impresiones. Lo hicieron mediante unos valores estéticos comunes, aunque en muchas ocasiones no fueran conscientes de que los poseían, e incluso llegaban a renegar de ellos cuando leían las narraciones de otros autores. Viajeros que escribían, escritores que viajaban, en ocasiones es difícil discernir la separación entre la pasión y el trabajo de nuestros protagonistas. Desde embajadores y misioneros, a aventureros y artistas, el amplio abanico de personas, motivos o naciones dibujan un mosaico que es difícil de ver si nos aproximamos en exceso. Estos hombres y mujeres tenían como objetivo conmover el alma, tanto la propia como la del público que les leía; y a lo largo de un siglo lograron renovados modos de ver y hacer ver, de sentir y hacer sentir, un país repleto de incongruencias, diferencias y belleza que subyugaron al alma europea y americana, a través de exquisitas y atroces emociones.

El paisaje andaluz, sus gentes, las costumbres o el arte, son vistos como la esencia de un pueblo, creación y consecuencia del carácter de una nación, hasta ahora desconocida. Despreciando o ignorando (de forma más o menos consciente) cualquier otra causa que no fuera el reflejo del genio andaluz en su forma más genuina y pura, los viajeros escudriñan e indagan por cada rincón de nuestra geografía, localizando o creyendo localizar, rastros de un pasado que conecta directamente con lo que, según ellos, fue el último período de esplendor: la época musulmana. El contacto con el paisaje natural y humano, así como las ruinas y monumentos como fuente de inspiración, están en pugna directa con el bagaje emocional y moral que los viajeros traían consigo. Franceses e ingleses habían sido educados para identificar cualquier mal con el ancestral enemigo hispano, *códigos* que subyacen bajo todas las obras que aquí presentamos.

Soldados de las guerras napoleónicas, comerciantes ingleses, aventureras americanas, pintores rusos, escritores franceses... De fama reconocida o hundidos en el olvido, algunos poseen gran talento literario y otros, más vehemencia que habilidad, sin embargo todos ellos, sin excepción, escriben, narran, fabulan. Es tal el abanico de circunstancias personales, cronológicas o históricas que separan a estos viajeros, que parece difícil encontrar un nexo en común. Antes de analizar sus escritos y tratar de averiguar el alcance que tuvieron en la sociedad de su tiempo y el impacto que supuso sobre las artes,

cabe preguntarse quiénes eran, su procedencia, su itinerario y cuáles fueron las circunstancias que los llevaron a recorrer Andalucía. Si nos atenemos estos rasgos básicos de sus viajes, nos encontraremos con una imagen que no solamente explica el complejo mosaico que supone la España decimonónica, sino que también nos permite atisbar la ondulante realidad de sus países de origen.

La fuente principal para nuestra investigación es, obviamente, la literatura de viajes, escrita por aquellos que visitaron Andalucía de 1800 a 1899. Esta obra no pretende ser un estudio minucioso de la bibliografía generada a lo largo del siglo XIX, aunque en ella se comprendan las obras más significativas de este periodo y otras relativamente desconocidas. Diarios escritos como tales, cartas que fueron recopiladas y transformadas en libros de viajes, memorias cuyos capítulos se transforman en narraciones sobre los caminos andaluces; todos ellos conforman un corpus documental de 648 autores de diversas nacionalidades que serán analizados en los siguientes apartados.